

La mirada del monstruo

José Luis Molina González



El terror en las formas, -las geometrías imposibles, -el uso excesivo del color, de la materia, -el contraste perturbado en las composiciones, ..., todos éstos, y algunos más, son los síntomas de la bestia que, persistentemente, reaparece con perfiles distintos, transformada en lienzo, en sonata, en best-seller o en película de la 2.

La tremenda acogida, en primer lugar por el público, de éstas imágenes “malignas”, han propiciado su reaparición por doquier en toda la geografía artística; especialmente la referida a la creación plástica y visual.



Ya en el antiguo Egipto el surgimiento de figuras desproporcionadas que atentaban contra los cánones establecidos, no eran del todo desconocidas. Su florecimiento más incipiente coincide con los -grutescos- [1] de la Edad Media. Durante la contrarreforma, el arte de los grutescos dejó de ser un pasatiempo de marcado carácter fantástico, indicado para las ocasiones festivas y para el teatro, pasando a ser un género maligno. (Donde no cupiera el arte dedicado a Dios, figuraba otro fabricado a espaldas de la naturaleza. De ésta manera, el arte imitativo se convirtió en el adecuado a Dios, y el llamado arte creativo, se tradujo como el de los seres demoníacos. La

creación personal e imaginativa se tomó como servidora del mal).

De ésta situación se desprende que a muchos artistas a lo largo de la historia se les tachara de locos o poseídos, y se les marginara como si la peste cayera sobre ellos, pese a que su comportamiento como ciudadanos fuera ejemplar.

En la entretenida obra de los Wittkower: “ Nacidos bajo el signo de Saturno”, nos encontramos entre sus páginas una cita de nuestro gran amigo Leon Battista Alberti, (el humanista), que resulta ciertamente curiosa; al parecer, en su tratado De pictura , (1436), nos sugiere que el artista es, por así decirlo, otro Dios, un alter deus.

Sin duda, y después de ésta afirmación, es deducible, como los propios artistas, desde tiempo atrás, buscan una equiparación con lo sobrenatural, buscando una afiliación con ciertas fuerzas del más allá,(ya sean buenas o malas), para hacer posibles sus fantasías de grandeza creadora en el mundo de los vivos. Ésta circunstancia se hace más patente si cabe en el presente siglo. Con la obra de artífices como Picasso, Dubuffet, de Kooning, Bacon, Saura, Schiele, Giacometti,, y un largo etcétera..., no nos queda otra posibilidad que rendimos ante la evidencia; el triunfo de la deformidad y la negación de los valores de orden armónico como parte indisoluble de la existencia del hombre contemporáneo.

Es cierto que no es una novedad, es decir, siempre existieron artistas con la suficiente curiosidad como para ir más allá de los límites formales y conceptuales que derivan de la mera contemplación. Para éstos “creadores”, el campo técnico se les queda corto, el reto intelectual que les produce la rotura de lo establecido, la provocación de la inquietud en el espectador, la tensión y la desmesura corren por sus venas, propiciando un desenlace violento contra lo establecido. La importancia vital del monstruo que llevan dentro radica en el cambio, (permutación continua que posibilita el acceso a nuevos conocimientos).

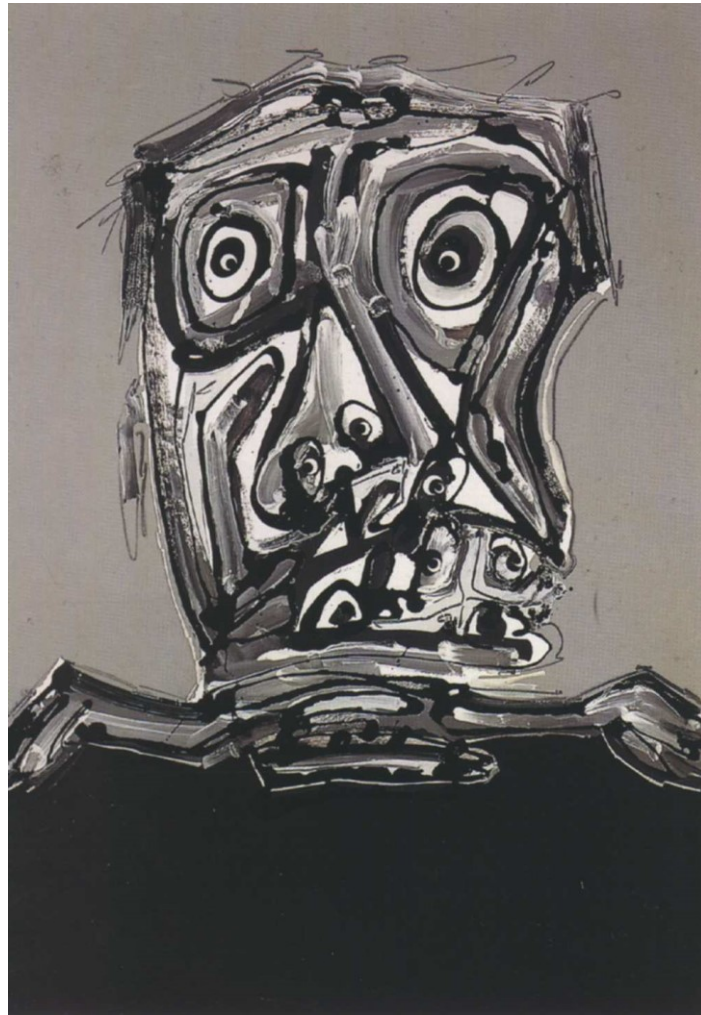




La búsqueda de ése conocimiento es lo que a veces ha llevado a muchos hombres a vender su alma al diablo con tal de encontrar la piedra filosofal que les solucione el tremendo caos existencial al que les ha conducido el progreso tecnológico.

Una de las consecuencias más evidentes la encontramos en los “ismos” de la renombrada vanguardia artística. Uno tras otro han ido pasando frente al público el impresionismo, el fauvismo, cubismo, surrealismo, dadaísmo,, sin nada de aperitivos, como una comida pesada llena de excesivos condimentos y calentada en microondas a tiempo record.

*Arnulf Rainer.
(Stumm Verlegenes. 1970)*



-¿Y finalmente que podemos decir?; simplemente esperar un postre ciertamente escaso de conocimientos mal digeridos que, muy posiblemente, serán de talante más intelectual de lo que la mayoría podríamos esperar.

Éste proceso tiene su origen, según la mayoría de los expertos, en el Cubismo. No es de extrañar, hasta la llegada de las nuevas tendencias geometrizarantes, lo individual y particular en las formas no podía ser llamado como gran arte; muy al contrario, pertenecía al terreno de lo vulgar y despreciable, indigno de ser tomado en cuenta. La personalidad propia del artista únicamente podía ser expresada como resultado de un proceso de absorción de la verdad natural que acontece a su alrededor. Evidentemente ésta situación no era sostenible por mucho tiempo, sobre todo después de que la ciencia nos demostrara, con cierto pesar, la relatividad de las cosas. Los artistas se adaptaron rápidamente a una nueva forma de pensar basada en el culto a lo individual, manteniendo que, borrar las irregularidades e intentar limar las imperfecciones o desajustes de las formas, supone estandarizar al individuo y privarlo de la belleza única que posee como modelo irreplicable.

Ésta manera de proceder se sitúa dentro de un pensamiento muy difundido por la mayoría de países que llamamos desarrollados, y que deriva de una corriente filosófica llamada existencialismo.

El existencialismo, como movimiento filosófico y literario, pertenece cronológicamente a los siglos XIX y XX, pero, bien es cierto, que podemos encontrar elementos de existencialismo en la vida y obra de Sócrates, en la Biblia y en la obra de muchos filósofos y escritores premodernos. Sartre fue el primero en dar al término existencialismo un uso extenso, utilizándolo para denominar su propia filosofía, y convirtiéndose en el principal



representante de un movimiento, con antecedentes serios en la obra del pensador danés del siglo XIX Sören Kierkegaard, y de los alemanes Nietzsche y Martin Heidegger.



La denominada angustia vital, basada en el temor, posee un papel decisivo. Ésta lleva a la confrontación del individuo con la nada, y con la imposibilidad de encontrar una justificación última para la elección que la persona tiene que hacer en cada momento de su vida. Éste pensamiento es influyente a escala internacional después de la II Guerra Mundial, convirtiendo a la mayor parte de la minoría intelectual en atea y pesimista. Cabe la pena resaltar que el existencialismo declara que los seres humanos necesitan una base racional para sus vidas pero que son incapaces de conseguirla, y que por lo tanto, la existencia de los hombres se convierte en "inútil".



El resultado de éste cóctel de ideas no podía ser otro que la aparición por doquier de imágenes que glorificaran la crudeza y el sadismo visual, constituyendo la arquitectura de una nueva “belleza”, contraria a los términos apacible, estático y reconfortante. La violencia como paradigma a seguir, buscando la construcción a través de la destrucción, pero curiosamente, y éste es un dato a tener en cuenta, dicha búsqueda se plantea desde una reflexión a veces obsesiva, y no como podría parecer, desde una actitud jocosa y burlesca.

No sabemos, o al menos es difícil de imaginar que ocurrirá en años venideros, sobre todo con la aparición de nuevas herramientas que perforan aún más en la conciencia del espectador, como es la imagen virtual. Sin duda, ese monstruo que contemplamos cada día en el espejo al levantarnos se hace mayor e insoportable, y el dolor que nos produce al mostrarnos su objetividad penetrante quizá, algún día, pueda respondernos algunas de las preguntas que siempre se ha hecho el ser humano...., o. por el contrario, éste hecho no ocurra nunca; mientras tanto..., ¡¡a esperar se ha dicho!! .



[1] Según Gabriele Paleotti, bajo el nombre de Grutescos, se comprenden las formas de hombres o animales, o de otras cosas que nunca han existido ni podrán existir de la manera como están representadas, y que son capricho puros de los pintores; fantasmas vanos e irreales producidos por su imaginación irracional.